

timo momento de nuestra vida. Lo que haceis vosotros, señores, por vuestros maestros y compañeros en el saber, dia vendrá en que se hará tambien por vuestras almas; aunque yo deseo que los sufragios que entónces se dirijan al cielo no os sean necesarios, porque será esto una señal de que habreis trasmigrado al reino de la paz eterna. Así sea.

SERMON FÚNEBRE

PARA

UNAS HONRAS DE MILITARES.

Charitas nunquam excidit.

La caridad nunca falta.

(I AD CORINTH., cap. XIII, vers. 8.)

Siempre que soy llamado á ocupar este sagrado puesto, me creo investido de una honra que no reconoce rival fuera del santuario; esta es la de representar al Rey de los cielos, cuyo embajador es el sacerdote, siempre que tome en sus lábios el Evangelio de la paz. Aparte mi indignidad, más de una vez he reflexionado en mi culminante posicion, y he rendido á Dios homenajes de gratitud por haberse dignado escogerme entre mil para ser el intérprete de sus voluntades entre los hombres. En esta ocasion me asisten motivos más poderosos aún para gloriarme de que me quepa la doble honra de explicar el Testamento divino y de hacerlo en presencia de un pueblo escogido, reunido en rededor del santuario, á cuyo sagrado recinto lo conducen la Religion, el amor y el heroísmo. Antes de ahora me habeis dispensado el honor de llamarme á tomar parte en la solemnidad sagrada que os trae al templo; pero hoy diviso en cada uno de vosotros un creyente, un amigo, un héroe; la fé y la amistad eran los lazos que os unian á los que militaron bajo el

mismo símbolo y la misma bandera; el valor que poco há habeis manifestado os estrecha más y más á los héroes de la España que hace ya doce siglos pelean por su fé, su independencia y su engrandecimiento. Sí: me honro en gran manera en dirigiros hoy mi palabra, ilustres defensores de la Religion y de la pátria; no léjos de este lugar existe el teatro de vuestras recientes glorias; aún están enrojecidas las piedras con la sangre innoble de agresores injustos que perecieron en los filos de vuestra espada, vengadora del crimen; aún lo están tambien teñidas con la vuestra que, nobles y generosos, derramásteis defendiendo á vuestro Dios, vuestra pátria, vuestras leyes y á vuestros hermanos, coronando con nuevos lauros vuestra acrisolada lealtad, y demostrando de un modo irrefutable que la noble Castilla no sufre el yugo del extranjero.

Léjos sea de mí la lisonja, y mucho más la adulacion; porque no conviene á mi ministerio prodigar alabanzas á los hombres, y mucho ménos el inventar proezas, ni sienta tampoco bien á corazones heróicos mendigar homenajes no merecidos. Esto no obstante, señores, debo tributar un homenaje á la justicia diciéndoos en este momento que os han conducido al templo tres grandes agentes de la sociedad, que son el alma de toda institucion y el principio y raíz del engrandecimiento de las naciones. Lo dije ya, y lo repito; la Religion, el amor y el valor os ponen en relacion con las edades posteriores y hacen que forméis un solo cuerpo con aquellos cuya sangre fué vertida en el campo del honor en defensa de su Dios, de su Rey y de su pátria. Por eso vuestra bandera, que orgullosa se ostenta con mil victorias á la cabeza de fuertes escuadrones, hoy se inclina llorosa y humilde en el santuario, reconociendo que vuestro valor es un presente del Dios de los ejércitos, y derramando una lágrima de compasion sobre la tumba de vuestros hermanos.

Este rasgo de piedad y de amor que hoy os ennoblece me dará materia para el presente discurso, en el que vereis descifrada una verdad de la más alta importancia para el hombre de armas, y es la siguiente: «La Religion es la única que inspira al soldado el valor en la guerra y la piedad en la paz.» Estadme atentos.

El designio primordial que tuvo Dios al sacar de la nada al ángel y al hombre, no fué seguramente que hubiese guerra y excision entre los individuos de estas dos familias racionales. Desde luégo, cuando habló Dios á Adán y Eva en el paraíso de delicias: «Creced, les dijo, y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominad á los peces del mar y á las aves del cielo, y á todo reptil y cuadrúpedo que se mueve en la tierra;» y más tarde, cuando este mismo Dios quiso vivir entre los hombres, el primer vago de su infancia quiso consagrarlo publicando gloria para los cielos y paz para los hombres. Es, por tanto, la guerra una consecuencia inmediata del pecado; así es que apenas se perpetró éste en el cielo, se dió la primera gran batalla, en que quedó victorioso el ejército que tuvo por lema en su bandera «¿Quién como Dios?» y no mucho despues de haberse cometido en la tierra se declaran guerra los hombres, siendo su primer fruto un fratricidio, á que dió ocasion la envidia y la arrogancia de Cain.

Á pesar de esto, señores, y siendo Dios autor y conservador de la paz, es preciso confesar que no desaprueba la guerra, pues Él es el Rey inmortal de los siglos y el Dios de los ejércitos; Él es quien inspira á Abraham la estrategia militar para asaltar con trescientos hombres á un ejército victorioso, y arrancarle los prisioneros y el botin; Él quien revela á Gedeon y Josué los planes acertados con que han de atacar y vencer al enemigo. Moisés en

los campos amalecitas, David en las llanuras de la Palestina, Ezequías en los muros de Jerusalem, y Judas Macabeo en sus encuentros con los griegos, son el argumento más convincente de que Dios quiere la guerra cuando ésta es necesaria, pues Él elige los capitanes, Él reúne los soldados, Él señala las banderas, y Él, por fin, manda pasar al impío al filo de la espada. La justicia de la causa santifica la guerra, y esta justicia pone un lauro sobre la frente de los armados; así Miguel es el general del ejército de Dios, porque entre los innumerables soldados de la milicia celestial él fué el primero que tremoló el estandarte contra el usurpador de los derechos divinos, y le acometió denodado al grito de «¿Quién como Dios?» Así Finées mereció ver canonizado su valor por la boca del mismo Dios, porque esgrimió el primero el acero vengador contra los prevaricadores. Así otros capitanes ilustres, además de los lauros que la humanidad puso en sus sienes, fueron acreedores á que en las páginas del libro imperecedero quedasen estampados sus nombres con el glorioso renombre de salvadores de los pueblos, restauradores de la Religion y bienhechores de la humanidad. Así es también que el inspirado Profeta Rey cantó expresamente un himno de alabanzas al cielo por sus muchas victorias, exordiando uno de sus cánticos con estas palabras: «Bendito sea el Señor, que me ha enseñado á manejar la espada y á hacer victoriosamente la guerra.» (Psal. CXLIII, vers. 1.)

¿Qué significa esto, señores? Dios, que se gloria en llamarse Dios de paz, ¿aprueba la guerra, suscita generales, convoca ejércitos, manda poner banderas en las cumbres de los montes, resonar los clarines y poner á sangre y fuego ciudades y provincias? Luego hay que decir que siendo Dios Santo y Justo por esencia, y aprobando la guerra, hay causas justas para tomar la espada, y que los Monarcas y los pueblos pueden declarar el ex-

terminio de otros pueblos cuando éstos atentan á mano armada contra la santidad de la Religion y las leyes, cuando atacan injustamente al hombre pacífico, pretendiendo arrancarle su vida, su honor y sus bienes. Los que militen bajo este pabellon pueden estar seguros de la santidad de su causa, y al avistarse con el enemigo, exclamar con el ilustre Macabeo, diciendo: «Ellos vienen contra nosotros en muchedumbre soberbia y contumaz; mas nosotros peharemos por nuestras vidas, nuestras leyes y nuestras cosas santas.»

Animado el guerrero de estos principios, la Religion lo lleva al campo del honor, la Religion inflama su pecho y lo enardece, la Religion le hace superior al número, á la estrategia, á las municiones del enemigo, la Religion le da la agilidad del águila para escalar los muros enemigos y derribar los altos bastiones de las fortalezas, y, por fin, la Religion, despues de inspirar heroismo en la batalla, da la compasion para tratar al vencido segun las leyes de la caridad, y la suavidad para entrar pacíficamente en el seno de los hogares enemigos, llevando depositada la mansedumbre del cordero en aquel mismo corazon que minutos ántes tenía toda la bravura del leon.

En vano buscaremos fuera de la Religion estas virtudes relevantes del guerrero. El hombre que por satisfacer la pasion de la ambicion ó la venganza empuña la espada, en la guerra es un tirano sanguinario, y en la paz un déspota que no tiene otro fin que la destruccion. Los Atilas y Mahomas en los tiempos antiguos, los Nabucos y Sennaquerib en edades más remotas, y algunos hombres demasiado conocidos en nuestra época por sus usurpaciones y la infinita sangre inocente que derramaron por llenar sus miras ambiciosas, son el ejemplo más palpable de que jamás acompaña el verdadero heroismo ni la piedad al hombre que toma la espada con miras de propio interés. ¡Ah! ¿Cómo el noble valor ha de fraternizar con

la piedad en un corazon que desea beber sangre como el tigre carnicero? ¿Cómo han de armonizar el heroismo y la compasion en almas de un temple sin creencias verdaderas? La defensa de la Religion revelada, el sosten del Trono de sus mayores, la salvacion de la pátria, atacada la seguridad del ciudadano pacífico, del débil, del anciano, el repeler las violencias y usurpaciones con fuerza y vigor, y el sostener las leyes que ponen un valladar al crimen, son los principios de toda guerra justa; y los que peleen por causas tan santas se hallarán revestidos de todo el valor necesario para el combate, y poseerán la mansedumbre de corazon para llevar ceñida la espada, sin ofender á nadie en la paz.

No me es permitido omitir en tan plausible momento el describiros los elementos religiosos de la milicia cristiana; á tan nobles y bizarros guerreros como vosotros, que unís el valor de un Gedeon á la piedad de un Macabeo, bien puedo repetir lo que el ilustre San Bernardo decia á los soldados del templo: «Si la profesion de las armas fué prohibida por el Evangelio, ¿por qué el Bautista, léjos de eliminar á los hombres de esta profesion, les da reglas de la conducta que deben observar? Muy al contrario: desenváinase la espada de los fieles contra las cervices de los enemigos para destruir á todo orgulloso que se levante contra la ciencia de Dios, que es la fé de los cristianos, no sea que digan las naciones impías: ¿dónde está el Dios que los favorece? Y siendo inminente la guerra, armados interiormente de la fé y exteriormente de la cota y espada, vayan al campo ménos adornados que armados, para infundir terror al enemigo sin provocar su avaricia. Y al romperse el fuego, dejando á un lado la suavidad y dulzura, digan en su corazon: «¡Señor, yo detesto á tus adversarios, y me enardezco contra tus enemigos!» Y al decirlo, suenen los clarines belicosos y caigan como un rayo sobre las huestes ominosas, tenien-

do á sus enemigos por corderos; y aunque éstos sean innumerables, no teman ni su muchedumbre ni su barbarie; porque no han de presumir de sus propias fuerzas, pues toda la virtud la han de esperar del Dios de los ejércitos, para quien fácil es entregar á muchos en manos de pocos, porque la victoria no la dan las fuerzas numerosas, sino la virtud del cielo. Y de este modo, por un orden admirable, se verá en ellos la mansedumbre de la oveja y la intrepidez del leon, y quien los examine no sabrá si son cenobitas armados ó héroes encapuchados, pues ni les falta la piedad del monje ni la fortaleza del soldado.» Hasta aquí el ilustre San Bernardo.

Y, en efecto, señores; la Religion, que da valor al pacífico proletario y lo arma caballero, suaviza con sus máximas la ferocidad del armado. ¿Quién no ve estos prodigios en aquellos pueblos feroces que, bajando de las brumosas regiones del Aquilon á las llanuras de la Europa meridional, derrotaron con sus lanzas á las legiones de Roma? Hombres bárbaros que no conocian otra ley que la sensualidad y el pillaje, apenas fueron iniciados en los principios del Cristianismo, depusieron su primitiva ferocidad, y de vencedores y vencidos formaron esas grandes naciones, de donde salieron los Clodoveos y Carlo-Magnos, los Eduardos, los Luises, los Enriques y los Onofres, lustre de los tronos, honor de las armas y gloria de la Religion. Por el contrario, ¿qué heroismo hay comparable en la historia al de nuestros ascendientes? Mientras una nacion creyente, religiosa, rica y pacífica como era la Iberia en el siglo VII, se mecía suavemente entre las dulzuras de la paz, de allende los mares llueven sobre ella enjambres de bárbaros, hombres que, además de su ferocidad natural, tenian el orgullo de haber sujetado á su alfanje el Asia y el África. Al verlos entrar en llanuras y ciudades pacíficas sacrificando á su furor cuanto se les presentaba, amontonando juntamente